

Milton Godoy Orellana.

Minería y mundo festivo en el Norte Chico, Chile, 1840-1900.

Ediciones del Despoblado. Santiago, 2021, 607 pp.

ISBN 978-956-09472-3-9

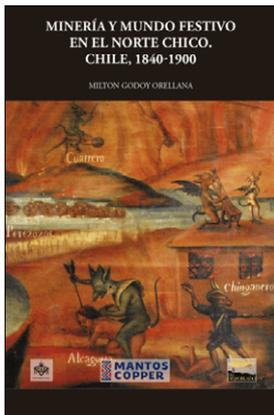
Jorge Pinto Rodríguez

PREMIO NACIONAL DE HISTORIA

DIRECTOR DEL INSTITUTO TAÍN PEWAM-ESPACIO DE ENCUENTRO,

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TEMUCO

<https://orcid.org/0000-0002-9699-7671>



El libro *Minería y mundo festivo en el Norte Chico, Chile, 1840-1900*, de Milton Godoy Orellana, analiza una sociedad regional en el momento en que concluye la fase de instalación del Estado Nacional para dar paso a su etapa de consolidación. En esta nueva fase, una de sus metas era alcanzar el progreso inspirado en las ideas del positivismo que conocieron los jóvenes liberales que salieron al exilio a propósito de la Revolución de 1851. Si bien los retornados aportaron nuevas corrientes

de pensamiento, no abandonaron los principios básicos que previamente había impuesto el régimen portaliano en los años 30 del siglo XIX, de los cuales dos siguieron y siguen predominando: el apego al orden y el fuerte centralismo que caracteriza a Chile.

Imponer el orden implicaba avanzar en el proceso de disciplinamiento de una población que la élite consideraba incapaz de contribuir a hacer del país una expresión del progreso que nos permitiera igualarnos a Europa. Al mismo tiempo, esta élite se consideraba a sí misma la única capaz de dirigir los destinos de Chile, transformando a Santiago, la ciudad desde donde manipulaba el poder, en su centro neurálgico. Por tanto, no bastaba disciplinar a la población, sino se debía someter también a las regiones amparada

en la idea de una libertad que podríamos definir como una libertad para gobernar e imponer un claro sometimiento de los grupos subalternos y del resto del país.

En mi opinión, el primer mérito del libro de Milton Godoy es que examina la manera como operaron los principios rectores de la élite en una sociedad muy particular, caracterizada por una población que permanentemente trasgredía las normas impuestas por la clase dirigente y que durante la Colonia había alcanzado una clara autonomía gracias al poder de los Corregidores, el Cabildo y los circuitos comerciales que se desarrollaron a partir de sus dos actividades básicas: la minería y la agricultura.

Mi propósito es comentar estos procesos teniendo en consideración los análisis que propone el profesor Godoy, con el fin de avanzar en los debates sobre los diversos temas que plantea, siempre necesarios en la medida en que la historiografía desborda aquella historia tradicional dominada por un positivismo que se practicó hasta avanzado el siglo XX. En este sentido, me atrevería decir que su carácter provocador es otro de los primeros méritos que deberíamos reconocerle.

De partida, habría que señalar que este libro es el resultado de un largo e intenso trabajo que Milton Godoy inició hace 25 años a propósito de su experiencia en terreno asistiendo a diversas festividades religiosas que tienen lugar en el Norte Chico, en particular, de su intento por comprender el sentido de los bailes chinos, tal vez la expresión más tradicional en estas festividades. Producto de este trabajo, obtuvo su Doctorado en Historia en la Universidad de Chile y publicó una serie de artículos que le permitieron, finalmente, ofrecer un panorama más amplio sobre el tema en este libro, cuya lectura recomendamos convencidos de que es un gran aporte a la historiografía regional y del país.

En términos más específicos, el profesor Godoy busca explicar los cambios que se produjeron en estas manifestaciones populares cuando la región, impulsada por la minería, inició un proceso de modernización incompatible con este tipo de festividades que preocupaban a las autoridades de la Corona y de la Iglesia desde los

tiempos coloniales. Como el propio autor reconoce, se trata de un asunto que la historiografía nacional y regional ha abordado desde el siglo XIX, sobre todo por la contradicción que existe en nuestra sociedad entre los intentos por parte de los sectores que la dirigen, de normar nuestras conductas y, de parte de amplios sectores de la población, de transgredirlas, fenómeno que se repite en toda América Latina. En mi opinión, el texto más iluminador en esta materia es el libro del historiador mexicano Sergio Ortega, publicado con el título “El placer de pecar y el afán de normar” (México, 1988), producto del Seminario de Historia de las Mentalidades, que dirigía el mismo Ortega.

En el primer capítulo, Milton Godoy introduce al lector en el tema planteando los problemas que presenta, las propuestas que sugiere y las fuentes que utiliza. Lo considero de especial importancia para los jóvenes que se inician en nuestro oficio, y destaco tres aspectos sobre los cuales debemos reflexionar: el primero se refiere a la manera como los historiadores definimos la temporalidad; el segundo, al concepto de Historia Regional; y el tercero, a su vinculación con la Historia Social.

Respecto a la forma como los historiadores establecemos categorías temporales o imaginamos el tiempo histórico, considerando que no siempre coinciden con los tiempos cronológicos fijados por el calendario, la pregunta que surge es, entonces, ¿cuándo empezó y cuando terminó el siglo XIX en Chile? Desde el punto de vista político, con la independencia concluyó el ciclo que nos mantenía unidos a España, para dar paso al de la república; sin embargo, la ruptura no fue, ideológicamente hablando, completa. Aún hacia 1850, sectores de la élite seguían valorando los lazos con la “Madre Patria” mientras sus hijos los acusaban de prolongar un modelo conservador que no correspondía a las transformaciones que observaron en Europa cuando salieron al exilio por su participación en la Revolución de 1851. Por otra parte, en las primeras décadas del siglo XIX, la economía no experimentó mayores cambios. La incipiente modernización o acercamiento a la modernidad se inicia hacia 1850 por el impacto que tuvo también la denominada segunda

fase de la Revolución Industrial, de acuerdo a los planteamientos de Hobsbawm que recoge Milton Godoy.

La temporalidad que propone, 1840-1900, tal vez se podría ajustar a otra que partiría en 1850 y concluiría en 1907. Esta sugerencia no invalida la propuesta de Milton Godoy pues considero que sus argumentos tienen los sustentos que explica en el libro. Sin embargo, me parece que en la década de 1850 se produjeron en Chile una serie de acontecimientos que tuvieron consecuencias en el Norte Chico y en el resto del país. En primer lugar, las revoluciones de 1851 y 1859 demostraron dos cosas: a) la solidez del Estado, que pudo salvar situaciones muy complejas, y b) la demanda más radical de las regiones del norte y Concepción de una mayor autonomía de Santiago. De lo ocurrido en el Norte Chico se desprendería que la élite regional, envalentonada por los aportes que hacía la minería, intentó recuperar el control de su espacio hasta cierto punto perdido cuando el Estado centralizador lo puso a disposición de Santiago. Una segunda cuestión muy importante fue la crisis económica de 1857. Dicha crisis obligó a los grupos dirigentes de la capital y la intelectualidad de la época a debatir acerca de que debía hacer Chile para salvar una coyuntura tan delicada. Simultáneamente, lo que pasó con la minería de la plata durante la crisis desembocó en la fuga de capitales y mano de obra hacia el norte, iniciándose la chilenización del litoral boliviano que más tarde desencadenaría la Guerra del Pacífico. Al mismo tiempo, la crisis habría sido el detonante de la invasión a la Araucanía, de tal modo que el territorio que hoy definimos como chileno terminó de configurarse a partir de la década de 1850. A lo dicho hasta ahora deberíamos agregar el retorno de los jóvenes liberales desde Europa, los primeros en diseñar un futuro que apuntaba a un objetivo diferente: alcanzar el progreso. Para difundir sus ideas, fundaron *El Ferrocarril*, periódico cuyo nombre interpretaba su ideario. La importancia que empieza a cobrar la Sociedad Nacional de Agricultura a través de sus publicaciones, la circulación de revistas como la *Revista de Santiago*, la *Revista del Pacífico*, sumada a la importancia que adquieren los *Anales de la Universidad de Chile*, cuyo primer volumen aparece en

1844, y la prensa regional, que también adquiere mayor relevancia, dan cuenta de la importancia de esa década. Por último, en 1851 se produjo un evento al cual poca atención hemos prestado en Chile. El 1 de mayo de ese año, en el Hyde Park de Londres abrió sus puertas Crystal Palace para mostrar al mundo los avances que había logrado la humanidad. Se inauguraba con esto la época de las grandes exposiciones universales por las cuales desfilaron millones de personas dando origen a empresas impensables hasta ese momento vinculadas al turismo y a los viajes de ocio, junto con convertirse en la expresión más cabal del progreso y la modernidad que deslumbraban a los visitantes, estimulando los estudios científicos, las comunicaciones y mostrando como nunca antes se había observado, la diferencia entre los países desarrollados y los subdesarrollados. Para el Norte Chico y La Araucanía, Crystal Palace tuvo un especial significado. Un visitante alemán que recorrió los pabellones de las naciones que acudieron a la Exposición quedó sorprendido por la muestra de los minerales que envió un país sudamericano. Entonces decidió emprender viaje a ese país. El visitante alemán era el ingeniero Pablo Treutler y el país Chile. Llegado a Valparaíso, se dirigió de inmediato a Copiapó, donde fue testigo de los últimos años de esplendor de la minería de la plata y su debacle a partir de 1857. Decidido a regresar a su patria, a punto de embarcarse en Valparaíso, personas amigas lo convencieron de que explorara las riquezas auríferas que podían existir en el sur. Este fue el origen de su viaje a la Araucanía, cuando Chile empezaba a fijar su atención en este territorio. De alguna manera, las huellas de Treutler quedaron marcadas en ambas regiones.

1907 puede ser el año de término del ciclo que se inicia en la década de 1850 con las balas que acallaron la protesta obrera en la Escuela Santa María de Iquique, porque lo viene después de este episodio tan doloroso modificó sustancialmente los mecanismos de control social hasta ese momento utilizados. La represión de las movilizaciones, claramente expresión de rebeldía en Valparaíso (1903), Santiago (1905), la Plaza Colón de Antofagasta (1906) e Iquique (1907) fueron la expresión más brutal de un control social

en la fase más avanzada del capitalismo producto de las operaciones de los inversionistas ingleses instalados en el país. Aquellas movilizaciones demostraron también que el modelo de desarrollo impuesto a mediados de siglo XIX no resistió la presión de quienes sufrieron los efectos de las prácticas económicas, sociales y culturales que predominaron en esta fase del disciplinamiento social que analiza Milton Godoy. Por último, el impacto que provocaron estas verdaderas masacres abrió las puertas a la participación de los partidos políticos, algunos fundados anteriormente y otros a partir de estos años, transformándolos en los mediadores de los conflictos que se producían en el seno de nuestra sociedad. Por eso, a partir de ese año, las cosas empezaron a cambiar. ¿Se estaría iniciando el siglo XX en el país?

Con relación al término región, comparto la opinión del profesor Godoy cuando afirma que conviven corrientemente tres conceptos: uno, que abarca grandes espacios que involucran distintos territorios que aspiran a establecer acuerdos económicos de beneficio común. Mercosur y la Unión Económica Europea serían dos expresiones típicas de esta idea de macro región. Una segunda, que apela a demarcaciones político-administrativas establecidas desde el poder político. Como ejemplo, podría mencionar el término provincia. Y, el tercero, que estaría asociada a la historia local, cuyo ejemplo más paradigmático sería el libro de Luis González, “Pueblo en Vilo”.

En otro nivel de análisis, agrega el autor, lo regional se entendería como una cierta lógica interna que se logra en algunos espacios que podríamos definir como regionales. Esta lógica interna “estaría marcada por elementos culturales, económicos e identitarios que históricamente le han dado unicidad a un territorio determinado”. En este caso, serían las conexiones internas y no las externas las que permitirían definir una región. En mi opinión, este es el concepto que se utiliza últimamente para definir la región como objeto de estudio, aunque las condiciones impuestas por el avance del capitalismo nos obligan a pensar la región también en su relación con el Estado y con macro regiones más distantes que inciden en su comportamiento. Solo de esta manera podríamos entender la

permanente demanda de las regiones por liberarse de la tutela del Estado y del funcionamiento de extractivismo económico por parte de las macro regiones que se enriquecen a costa de los recursos que exportan las regiones. En otras palabras, los desequilibrios regionales que se observan al interior del territorio nacional y el subdesarrollo de ciertas áreas del planeta no se podrían explicar cabalmente de otra manera. Las regiones tienen sentido por si mismas; sin embargo, este sentido es en el mundo globalizado fuertemente marcado por las conexiones externas. Algo de esto recoge Milton Godoy de los aportes hechos por Eduardo Cavieres; también cuando se refiere a las relaciones de la región con los territorios que están allende Los Andes.

En el campo de la Historia Social, parte asumiendo dos premisas formuladas por Lucien Febvre y Jurgen Kocka. Febvre señaló que la Historia es, por definición, absolutamente social, y Kocka invitó a prestar atención al “pequeño mundo de la gente común”, obviando una práctica historiográfica centrada solo en estructuras y procesos. Desde estos puntos de partida, Milton Godoy declara que el énfasis lo pondrá en los “problemas de la sociedad regional decimonónica y las transformaciones” que ocurrieron en las seis últimas décadas del siglo XIX, examinándolas desde las fiestas y el carnaval en un intento por hilvanar el relato de acuerdo a la llamada historia desde abajo, sin dejar de lado la relación existente entre los grupos subalternos y las élites regionales. Esta opción teórica y metodológica lo llevará a detenerse en los conceptos de moderno y modernización que emergen en el siglo XIX y que terminan incidiendo en el disciplinamiento social, las fiestas y los carnavales.

En mi opinión, la manera como Milton Godoy presenta su libro justifica el título, tal vez, el más apropiado que pudo escoger. El Norte Chico fue una región en la cual la minería fue la actividad que le dio sentido. La agricultura y ganadería también jugaron un rol importante; sin embargo, estas dos últimas se comportaron presionadas por la primera. El mundo festivo también giró en torno a la minería. Siempre he pensado, y en esto coincido con el profesor Godoy, que este mundo festivo tuvo dos espacios específicos en los

cuales se expresó nítidamente: las placillas y las festividades religiosas.

Sobre el primero, desde los trabajos de los viajeros del siglo XIX, pasando por los de Vicuña Mackenna, Marcello Carmagnani, Álvaro Jara, María Angélica Illanes hasta los más recientes de Igor Goicovic, existe una literatura que ha discutido el carácter que estos tuvieron y las modalidades de control impuestas por las autoridades. María Angélica Illanes sostiene que las placillas fueron percibidas como antros de perdición en las cuales se cometían una serie de delitos y excesos que afectaban los intereses del empresariado. De acuerdo a esta autora, el incendio del poblado Juan Godoy, la Placilla del Mineral de Chañarillo en Atacama, habría sido la expresión más extrema de los intentos por acabar con estos espacios; en tanto, Álvaro Jara plantea que los “consumos desviados” (alcohol y vicios de la peonada) que allí ocurrían habrían impedido que el salario favoreciera el desarrollo del capitalismo. Por mi parte, he llegado a presumir que lejos de ser un espacio que perteneció exclusivamente a la peonada, fue compartido con los empresarios. Para los trabajadores, la placilla era el lugar en el cual se liberaban las tensiones generadas en las faenas, y a los empresarios les permitía retenerlos cerca de sus lugares de trabajo y, a la vez, a través de la venta de alcohol recuperar los salarios pagados durante los días de trabajo. En este sentido, en estos lugares de esparcimiento, los empresarios se apropiaban del séptimo día. Este es un punto que también trata más adelante en su libro Milton Godoy aportando nuevas pistas para su análisis.

Las festividades religiosas tuvieron otro carácter y un trato diferente por parte de la historiografía regional. Sin duda han cautivado más que el anterior. Sus cultores son numerosos. Es imposible, por ejemplo, no recordar los nombres de Manuel Dannemann, Maximiliano Salinas, Patricio Cerda y la frondosa producción de historiadores y antropólogos locales y regionales, entre los cuales destaco el libro “Será hasta la vuelta del año. Bailes chinos, festividades y religiosidad popular del Norte Chico” (2014), encabezado por Rafael Contreras y Daniel González, que incluye un aporte de Sergio Peña, otro gran estudioso de estos temas. En el

estado del arte de la investigación del mundo festivo, Milton Godoy presenta un exhaustivo balance, que ahorra comentarios, como, asimismo, las fuentes que utiliza.

De notable interés me parecen los planteamientos de Milton Godoy sobre la que denomina una sociedad en transición. Efectivamente, el Norte Chico experimenta entre 1840 y 1900 una serie de transformaciones que dan cuenta de una sociedad que modifica su comportamiento, sobre todo en el caso de la élite que controla su economía. El auge de la minería generó, para ciertos grupos, una riqueza impensada, sus hábitos se empezaron a transformar; Copiapó, una de sus principales ciudades, se transformó en un centro que atrajo gente, expresiones culturales provenientes de otras latitudes y un afán desmedido por el lujo, que se extendió a Santiago. Milton Godoy recuerda la novela Martín Rivas, que ejemplifica a quienes habiendo obtenido la riqueza que lograron en la minería se trasladaron al centro del país para transformarse en figuras de relieve nacional. Los Urmeneta, Edwards, Subercaseaux iniciaron sus operaciones económicas en el Norte Chico y Matías Cousiño también estuvo involucrado en la minería de la zona. Tampoco habría que olvidar el primer ferrocarril chileno que conectó Caldera con Copiapó y los progresos que alcanzaría más tarde La Serena. Un hecho tan simple para nosotros, como el uso del reloj, modificó el sentido del tiempo, tal como lo señala Lucien Febvre, a quien cita Milton Godoy.

Más adelante, Milton Godoy llama la atención sobre el carácter de estos procesos transicionales en el sentido de que no todos los ámbitos de la sociedad corren a la misma velocidad. De este modo, en una época de cambios como los descritos en el párrafo anterior, por ejemplo, en el campo productivo, a pesar de algunas precoces señales de modernización, siguieron predominando las formas tradicionales que arrancaron en los siglos anteriores. Podríamos afirmar que hubo “modernidad” sin “modernización”. Como señala Luis Ortega, en la ruta hacia el capitalismo quedamos atrapados por los resabios tradicionales que se mantuvieron en la economía.

En los capítulos siguientes, Milton Godoy entra de lleno en

lo central de su libro. Parte refiriéndose al nombre de la región, poniendo énfasis en sus distintas denominaciones. La más recurrente es Norte Chico, que aparece ya en 1919, y que se ha transformado en la más usada actualmente. Para quien escribe estas líneas, que nació en la región y que vive en ella, es la que asume y asocia a su identidad, aunque hay quienes la consideran despectiva. Destaca, además, el carácter itinerante de su población y un rasgo asociado a una supuesta insularidad de la región, sosteniéndose en una afirmación de Fernand Braudel que describe a Chile como “una sucesión de mundos compartimentados, de patrias diversas, unas rodeadas de montañas y otras de bosques”. De esta percepción se vale el profesor Godoy para hablar de lo que llama la “metáfora de la insularidad”, sustentándose también en un documento citado por Felipe Vergara, que considera al país “como dividido en un grupo indeterminado de islas” (p.182).

Esta última idea no me parece muy afortunada. Es cierto que Chile está constituido, al igual que todos los países del mundo, por diferentes territorios o regiones; pero eso no justificaría hablar de una suma de islas. En el Perú, algunos autores hablaron de un “modelo archipiélago”, pero lo hicieron para referirse a los distintos grados de desarrollo de ciertas áreas del país. Según ellos, el Perú resumiría la historia de la humanidad, desde la Etapa Lítica en parte de la Amazonía hasta la modernidad si se visita algunos barrios limeños. En mi opinión, la insularidad, en el caso de Chile, desconoce la historia de las regiones y adquiere un carácter tendencioso por el uso que se le ha dado en el país para desconocer nuestra pertenencia a América Latina. El Norte Chico nunca fue una isla, estuvo y está fuertemente vinculado al Norte y Sur del país, al Alto Perú, San Juan, la Rioja e incluso Santiago del Estero. Se unió por rutas y senderos por los cuales transitó una población que jamás hizo del desierto y de la cordillera un obstáculo para moverse en distintas direcciones. Por otra parte, la metáfora de una insularidad nacional sirvió a la élite para convencer a la población de que somos una “isla” de Europa enclavada en un continente del cual no formamos parte. El mérito de Chile, sostuvo Vicente Pérez Rosales en el siglo

XIX, fue no ser “como” Europa, sino “ser” Europa instalada en estas latitudes.

Quisiera destacar que, en mi caso, esta discrepancia no le resta méritos al libro de Milton Godoy; por el contrario, como dije al comienzo, es una interesante provocación intelectual. Es más, en las páginas siguientes se refiere a las vías de comunicación que unieron al Norte Chico con otras regiones. Eran rutas precarias a la vista de los viajeros europeos que las recorrieron en el siglo XIX, pero vitales para impulsar una complementariedad económica y cultural que aún no valoramos en su justa dimensión. Una muestra de esta complementariedad se puede apreciar incluso en el mundo festivo al cual alude el profesor Godoy.

Los capítulos III y IV, referidos a las fiestas religiosas, la sociabilidad popular y el control social en el Norte Chico en el período estudiado, resumen con extraordinaria claridad el dilema que tuvo que resolver la élite para lograr el tan anhelado progreso que quería para el país. Milton Godoy señala que su base está en el binomio “civilización o barbarie” que proclamó Sarmiento y que ya había anticipado Esteban Echeverría en su “Dogma Socialista”. En relación con las festividades religiosas como expresión popular, se enfrentó en el Norte Chico lo que llamamos “el cristianismo doliente” con el “cristianismo festivo”. Mientras el primero se asoció con Cristo crucificado, el segundo lo hizo con la Virgen, la Madre que protege al minero y al campesino, a la cual había que festejar con alegría, danzas y manifestaciones que estaban expuestas a vulnerar los principios del orden y la moderación.

Los temas abordados en ambos capítulos exceden las manifestaciones propias de las festividades religiosas. Los carnavales, la chaya, las chinganas y los “días de locura y de entusiasmo febril” desfilan por las páginas del libro de Milton Godoy, junto con los esfuerzos por reglamentar y disciplinar las conductas de quienes caían en esos estados de lujuria que el profesor Godoy detalla a través de las denuncias que hicieron las autoridades de borracheras, homicidios, pendenencias, riñas y robos que ocurrían durante esos días de jolgorio, atrapando la atención del lector.

Las fiestas de la patria fue uno de los mecanismos a que recurrieron los fundadores del Estado para desplazar las fiestas populares. El ejemplo al que recurre Milton Godoy a propósito de las corridas de toros en Copiapó en los momentos en que se preparaba la celebración del 18 de septiembre en 1875, es ilustrativo. Los “ritos de la patria” eran presentados como expresión del “grado de cultura” de la población, incomparables con las fiestas populares, resabios de un pasado que se quería superar. En el contexto del libro, este es un tema que adquiere dimensión propia porque refleja uno de los cambios más interesantes respecto de cómo el Estado interviene en la vida cotidiana de una población que ordenaba el tiempo de acuerdo a ciertas festividades, entre las cuales las religiosas ocupaban un lugar relevante. Como señalamos anteriormente, estas fiestas eran la expresión de la alegría del pueblo que acudía a cumplirle a la Virgen lo prometido por los favores recibidos. Ocurría lo mismo en los carnavales, las celebraciones previas a la cuaresma y las fiestas patronales. Los trabajos de Mijail Bajtin, sumados a los de los autores que se citan en el libro demuestran, además, el carácter liberador que tenían estas expresiones, especies de “válvulas de descompresión social” en un mundo donde los peones de minas y los campesinos enfrentaban ásperas condiciones de vida. La risa, siempre presente en estas ocasiones, representaba la derrota del miedo que inculcaban a los grupos subordinados quienes querían controlarlos. Por último, las fiestas de la patria, junto a la escuela y los símbolos patrios, contribuyeron a “fabricar” la “comunidad imaginada” que se expresó en la nación chilena.

Sin embargo, a pesar de estos esfuerzos, persistieron los temores de los grupos dirigentes de que estas celebraciones pudieran derivar en una rebeldía popular que pusiera en peligro el orden. Al leer los últimos capítulos del libro de Milton Godoy, me parece que sigue siendo válida una idea que hemos compartido con varias y varios historiadores: en Chile, la élite se desarrolló entre el desprecio y el temor a los grupos subalternos. El balance de las tensiones con que el profesor Godoy concluye su trabajo le permitirá al lector comprender hasta dónde se superaron los límites de estos miedos y

hasta dónde se avanzó hacia la modernización en una región en la cual la minería y el mundo festivo marcharon de la mano.

Un par de observaciones antes de concluir. En primer lugar, el sustento bibliográfico de este libro es sorprendente. Desde este punto de vista, garantiza la calidad de los argumentos del profesor Godoy. Su propia experiencia en terreno y su detenida investigación en fuentes son otra prenda de confiabilidad. En segundo lugar, es un libro hermoso, bellamente ilustrado y redactado con una prosa que facilita su lectura. En resumen, un aporte más, muy valorable, de un historiador ya consagrado.